

LA MIRADA DE UN RATÓN EN EL NEOLIBERALISMO¹

MARCO AVILÉS



Créditos: Marco Avilés

Una mujer conducía su camioneta en la avenida principal de Lewiston, una pequeña ciudad de Maine, en el extremo noreste de los Estados Unidos, en el mismo instante en que un niño cruzaba la pista rumbo a la escuela. La mujer no frenó a tiempo. El chico se llamaba Jayden Cho-Sargent y tenía trece años. Los diarios locales reportaron su muerte como un caso fatal de negligencia, un incidente más en la lista interminable de incidentes causados por conductores distraídos.

Supe de Jayden una tarde mientras conducía por la misma calle, pues su madre, Kellie Folley, había decidido marcar ese lugar colgando en un poste de luz docenas de muñecos de peluche. La visión de esos juguetes a la intemperie era

¹ Agradecimiento: Este ensayo nace de un conjunto de apuntes tomados en Filadelfia entre agosto y setiembre de 2019, y fue posible gracias al seminario “Formas de vida. Neoliberalismo, subjetividad y arte”, a cargo del profesor Luis Moreno-Caballud, en el departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Pensilvania.

llamativa, en especial por la actitud de tristeza que el paso del tiempo y la lluvia proyectaban en ellos. También había una cruz y el nombre de Jayden estaba escrito con pintura negra.

Leí en los diarios que Folley, la madre, esperaba que la municipalidad local le permitiera colocar en un parque cercano una placa que recordara a su hijo y las circunstancias de su absurda muerte. Nunca supe en qué terminó esta gestión, pero cada vez que conducía por aquella avenida, disminuía la velocidad para confirmar que los juguetes seguían ahí. A veces me detenía para mirarlos de cerca, y notaba los efectos del paso de las estaciones sobre la felpa y el semblante de los muñecos. Así pasó un año. Para entonces, algunos vecinos ya no estaban tan contentos con el homenaje, y se quejaron ante la municipalidad. Había pasado suficiente tiempo y no querían más esa visión triste. La señora Folley tuvo que retirar los juguetes, me contó un vecino una tarde en que me detuve en el lugar.

Recuerdo esta historia años más tarde mientras paseo con mi perro Piji por una calle de Filadelfia, una ciudad grande, muy grande, en comparación con las diminutas metrópolis de Maine, y adonde me he mudado desde mediados de 2019 para estudiar un doctorado. Es una mañana caliente y Piji se detiene para orinar bajo un poste decorado con muñecos, muy similar al que contemplé tantas veces en Maine. Este, sin embargo, no tiene carteles ni datos personales a la vista, y se encuentra en una avenida amplia de casas populares que miran al campo deportivo de una escuela. Tomo algunas fotos preguntándome sobre la historia y el luto detrás de estos muñecos.

Muchas personas que han perdido parientes en las carreteras del Perú siembran pequeñas cruces para marcar los lugares de la muerte. A veces construyen edificios diminutos con formas de capillas o tumbas, y los pintan con colores llamativos. Quienes aún disfrutamos del breve privilegio de la vida muchas veces pasamos con indiferencia ante esas señales. Cruces y ositos intentan decirnos algo que, quizá, no estamos preparados para entender.





Créditos: Marco Avilés

Llevaba dos semanas sin entrar a Facebook y Twitter cuando mi esposa y yo salimos a caminar con S., una amiga de visita en Filadelfia. Hablábamos de nuestras batallas particulares contra la adicción a las redes sociales.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó S. con una curiosidad especial, como si esperase una revelación.

La tarde era hermosa. El sol caía en diagonal sobre los edificios de ladrillo de West Filadelfia y proyectaba sombras triangulares en las veredas vacías de gente. El paseo parecía ocurrir en alguna vieja pintura de un mundo sin gente ni celulares.

—Siento como si me sanara de una larga fiebre —respondí—. De hecho, ahora me siento como un enfermo que vuelve a salir a la calle después de mucho tiempo.

Nos reímos pero, aunque seguimos caminando, me quedé detenido en aquella imagen. Tras varios días alejado de las redes sociales, ahora me invadía una agradable sensación de vacío y debilidad, la misma levedad convaleciente de cuando crees que por fin le estás ganando al cigarrillo, aunque en el fondo sabes que pronto estarás escarbando en el tacho de basura en busca de los puchos que dejaste.



Caminaba junto a mi esposa por una calle de Brooklyn, en una tarde fresca como una tregua inesperada dentro del verano que los científicos han documentado como el más caliente de la historia del planeta. Las personas llenaban el paisaje con una alegría que reflejaba cierta desesperación. Las terrazas de los hoteles

parecían conciertos al aire libre y la música a todo volumen se expandía hacia las avenidas. Las veredas eran embarcaderos infatigables: los taxis traían gente sobria, recogían gente ebria.

Nos alistábamos para cruzar una calle cuando un hombre pasó corriendo al lado y se detuvo unos pasos delante de nosotros, en medio de la pista, y nos gritó en inglés:

—Están hablando mierda.

Vestía pantalón corto y camiseta, ropa quizá adecuada para la oficina pero equivocada para salir a trotar. Su cabeza estaba coronada por audífonos enormes como los que se usan en las cabinas de radio.

—Yo escucho a Bowie, Prince, George Michael —añadió con enfado, como si nos hubiera oído insultar a sus ídolos—. Ustedes hablan mierda. Ustedes son mierda.

Lo extraño es que no habíamos estado hablando de música, aunque sí conversábamos en español, o en esa mezcla de inglés y español que es nuestro idioma familiar. ¿Quizá le desesperaba esto? No entendí el resto de sus palabras, pero por un momento temí que pudiera atacarnos. Mi mente proyectó una serie de movimientos de defensa personal inspirados en películas de *kung fu* que, por suerte, no fue necesario llevar a la práctica. El tipo nos miró en silencio durante unos segundos y luego siguió su camino. A lo lejos lo vimos pasar al lado de una pareja de hombres negros, a quienes también les gritó, pero ellos tampoco le hicieron caso.

La escena parecía tan irreal como una falla de programación, como si el personaje de los audífonos se hubiera teletransportado sin darse cuenta desde otra dimensión. Tras un breve instante de desconcierto, seguimos nuestro paseo.



El paseo terminó en el teatro, adonde llegamos para ver *Fairview*, una obra ganadora del Pulitzer, y que quizá tenía que ver con el episodio anterior. Este es el argumento: una familia negra (papá, mamá, hija, tía) se reúne para celebrar el cumpleaños de la abuela. Preparan la cena mientras beben y discuten (clásico deporte familiar); de pronto, dejamos de escucharlos porque se imponen a través de los parlantes las voces de cuatro personas que comentan la escena. Son personas blancas, y discuten de qué raza les gustaría ser si pudieran elegir. ¿Asiático? ¿Latino? ¿Eslavo? ¿Afroamericano? Sí, afroamericano. Las cuatro voces blancas coinciden en que les habría gustado ser personas negras.

El deseo se les cumple en la siguiente escena. Las cuatro personas blancas ahora encarnan a cuatro nuevos integrantes de aquella familia negra. Lo raro es que sus pieles (las de los actores y actrices que les dan vida en el escenario) siguen siendo blancas. Y lo que veremos enseguida es su interpretación de lo que ellas consideran que son las personas negras.

El primero en unirse es un hombre rubio que da vida al tío joven de la familia. Viste una camiseta de básquetbol, lleva collares de oro y se agarra los testículos cuando habla. Para sellar su representación, toma una botella de aerosol y dibuja un pene en la pared de la sala. ¿Te imaginas que alguien haga eso en tu casa? Enseguida toca la puerta la amiga de la hija adolescente de la casa, e ingresa saltando por los sofás y echando confeti. Luego aparece la abuela, interpretada por una mujer blanca en traje de luces; trepa a la mesa y baila como si se encontrara en un *cabaret* antiguo. La cena familiar, que había comenzado como un episodio ordinario, termina poco a poco convertida en una batalla surrealista donde los personajes blancos que interpretan a personas negras luchan por el protagonismo.

La hija adolescente se aparta un momento del alboroto y, desde esa distancia, intenta entender lo que ocurre. La mujer blanca que está saltando en la mesa no es su abuela: es una mujer blanca disfrazada de su abuela. La chica mira al público. —¿Nos hemos dado cuenta?, pregunta. Queda claro que las personas blancas en el escenario han caricaturizado a las personas negras, y al hacerlo han convertido la realidad de estas personas en un caos al que solo le falta que llegue la policía. La actriz ahora se dirige a las personas blancas sentadas en sus butacas. ¿Se atreverían ustedes a subir al escenario? Parece una simple provocación, pero ella desciende y camina entre las butacas repitiendo la pregunta. ¿Ustedes, personas blancas, se animarían a subir al escenario?

Una breve corriente de duda recorre entre los asistentes. Algunos segundos de silencio. Un ligero rumor. Entonces alguien se pone de pie, luego alguien más y ahora todas las personas blancas del público desfilan hacia el escenario y se ordenan como pueden. Los actores y actrices negros caminan en sentido contrario, bajan del estrado y se sientan en las butacas, junto a las personas no blancas que hemos quedado allí. *My lovely people of color*, nos llama la actriz mirándonos brevemente con amor mientras monologa en una especie de trance, dirigiéndose alternadamente a ambos grupos de personas. Ahí estamos, frente a frente, las dos grandes ficciones que definen la demografía de este país: personas blancas y personas no blancas. Nos miramos los unos a los otros. Es imposible rehuir de la evidencia. El momento es tan denso que muchas personas lloran en ambas orillas.

La obra termina. Aplaudimos. El público sale en fila hacia la noche. Calles llenas de gente, automóviles y ruido. ¿Qué demonios ha ocurrido?



Me encontraba en la mesa de la cocina leyendo el diario en el celular, cuando, a través del rabillo del ojo izquierdo, advertí un movimiento veloz en el piso. Parecía un píxel mal calibrado en la burbuja de la realidad. Nada muy llamativo. Seguí con mi lectura. En Suecia, un partido neonazi que planteaba deportar a todos los inmigrantes que hubieran llegado al país desde 1970 había obtenido casi el 20 por

ciento de votos en las últimas elecciones. Eso decía el diario. Pero en mi cocina, el misterioso movimiento volvió a internarse en mi campo visual, y ahora su desafiante presencia parecía congelada reclamando verdadera atención. Levanté la cabeza. Un ratón negro de nariz blanca y colita nerviosa me estudiaba con detenimiento. Nos miramos con la frialdad de los rivales de un *western*. O eso quise creer. Un segundo después, se escondió bajo la estufa.

El inicio del conflicto es así de abrupto. Los seres humanos hemos protagonizado esta batalla de manera repetida durante miles de años, y estamos programados para hacer lo que tenemos que hacer. La diplomacia humano-ratón es una utopía.

En la ferretería compruebo que aún son populares los viejos dispositivos de madera y fierro que decapitan a los roedores de manera muy explícita. Prefiero los métodos más modernos y, en especial, unas maquinitas que funcionan a pilas y que los fabricantes promocionan como el recurso más humanitario para acabar con ratas y ratones. Se llaman *rat zapper* y son una versión en miniatura de la silla eléctrica: los intrusos ingresan a una caja, atraídos por una carnada (mantequilla de maní, por ejemplo), y, ¡zaz! mueren electrocutados de manera instantánea.

Tomé dos unidades y, mientras hacía la cola para pagar, me puse a revisar tutoriales en Youtube. Prójos de buen corazón compartían sabiduría a cambio de un *like*, en un clima de competencia por la atención de los visitantes como yo. En uno de esos videos, el autor iba un paso más allá de las meras instrucciones sobre cómo usar el *rat zapper*, y terminaba el video explicándote cómo podías cocinar a la parrilla los animalitos capturados en esa trampa; así, esas muertes tendrían un propósito y quizá una justificación moral. El video lo habían visto más de nueve millones de veces y 43 mil personas le hemos dado un merecido *like*.



Una mañana, en el aeropuerto de San Salvador, se formó una cola enorme para ingresar a la sala de embarque del vuelo que iba a traerme de regreso a los Estados Unidos. Los pasajeros acabábamos de pasar por una máquina de rayos X, pero los agentes exigían que nos pusiéramos en fila para pasar por un segundo control. El vuelo estaba a tiempo y había aire acondicionado, así que el paso extra tampoco representaba un suplicio; sin embargo, el hombre que iba detrás de mí en la fila no estaba de acuerdo.

—Esto está malo —gritó en un español rudimentario—. Esto está malo.

Era alto, fornido, de unos cuarenta años, y vestía una camisa floreada, como el estereotipo perfecto del turista blanco en el trópico. Su esposa cargaba a un bebé, y miraba con seriedad el devenir de los hechos. Los gritos eran molestos. Cuando un agente del aeropuerto pasó al lado, el hombre de la camisa floreada se le plantó delante.

—Esto está muy malo —gritó—. Qué estar haciendo. Ustedes no saber manejar bien esto.

El agente parecía tener preocupaciones más urgentes que intentar explicarle a ese pasajero lo que parecía obvio. Seguridad. Mucha gente. Aeropuerto pequeño. Al final, solo comentó que la espera acabaría pronto, y le pidió que tuviera paciencia. El hombre en la fila no quedó contento y continuó gritando, quizá para atraer la solidaridad de los otros pasajeros. Nadie le hizo caso.

Intenté imaginarme en una situación similar, esta vez en los Estados Unidos. Un aeropuerto abarrotado, una fila, un agente de seguridad camina por mi lado y yo, latino de piel marrón y cabello negro crespo, me planto delante de él y le grito:

—This is wrong!!! You people don't know how to do your job.

El desenlace de la escena hipotética es brutalmente pedagógico: el agente me llama la atención, llama refuerzos y, todo esto, mientras coloca mi rostro entre el piso y sus zapatos.

En la realidad del aeropuerto de San Salvador, en cambio, los gritos del pasajero no terminaron hasta que entramos en el avión.

Recuerdo este episodio meses más tarde mientras leo un artículo sobre las protestas en Hong Kong contra las autoridades chinas. Cientos de jóvenes toman el aeropuerto de la isla. Hay vuelos pospuestos. Pasajeros afectados. Para graficar el malestar, el diario incluye un par de videos tomados de Twitter. En el primero, una mujer blanca les grita a los manifestantes que debe viajar porque tiene una hija. En el segundo, un hombre blanco empuja a los manifestantes y se les planta como para invitarlos a pelear a puño limpio.

Los rostros abiertamente enfurecidos de estas personas resaltan en el mar de jóvenes chinos que se cubren las caras para protegerse de los sistemas oficiales de videovigilancia. El enfado de los pasajeros es comprensible (¿quién no estaría incómodo en su situación?); pero llama la atención la enorme confianza que tienen para expresar su ira de forma tan abierta y temeraria, una actitud quizá posible gracias a la historia política de privilegio y dominio de la que son parte lo quieran o no. No son responsables de la colonización pero se benefician de sus legados. Las personas blancas tienen el poder de expresarse de manera más enérgica e histriónica sin el miedo, real o imaginario, a que sus rostros acaben presionados entre el suelo y la bota de un guardia de seguridad.



Las trampas contra roedores que coloqué cerca al tacho de basura y al lado de la refri seguían vacías, pero un repentino hedor trajo esta tarde malas noticias desde el interior de la estufa, allí donde hace unos días vi ocultarse a un lindo ratoncito negro. ¿Sería posible que Mickey Mouse hubiera dado allí su último suspiro? Iba a posponer el trabajo de averiguarlo hasta el día siguiente, pero la ola de olor iba en aumento y avanzaba por las escaleras y llegaba hasta la habitación. Cogí las

herramientas, me puse guantes y dejé que un nuevo tutorial de Youtube me guiara en la delicada tarea de desarmar la estufa.

Tras luchar durante largos minutos contra tornillos oxidados, retiré la tapa de las hornillas con el temor de quien abre un ataúd. El interior de la estufa estaba cubierto de una nube de espuma sintética. Sobre esa capa de aislamiento, un ratoncito del tamaño de un dedo parecía dormir un sueño tranquilo, indiferente, muerto. ¿Había fallecido de viejo? ¿De susto? ¿De calor? ¿Había quedado atrapado allí, sin posibilidad de salir, a la hora en que yo cocinaba? Lo tomé de la cola y lo introduje con cuidado en una bolsa Ziploc, que, a su vez, introduje dentro de otra bolsa, con una mezcla de pena, asco y preocupación. Este ratón, de color plateado, nariz rosada y patas de tono marfil, era muy diferente al ratón negro que había visto unos días antes. ¿Serían pareja? Como muchos humanos, ciertas especies de ratones son monógamas. Se unen para toda la vida. Pasé el resto del día preguntándome cómo habría tomado el ratoncito negro la noticia de su viudez.



En la película *El último hombre negro en San Francisco*, un hombre negro está obsesionado con la casa que alguna vez le perteneció a su abuelo, un veterano de la Segunda Guerra Mundial. La propiedad es enorme, bonita y ajena. El hijo del antiguo soldado y padre del protagonista perdió la casa después de hipotecarla y no poder pagar el préstamo. Ahora, el inmueble pasa de mano en mano, entre la gente rica que se muda a San Francisco, esa ciudad carísima donde hay que ser gerente de *startup* para vivir en ella.

El nieto vive arrimado en la casa de un amigo, en un barrio pobre y negro frente a un mar contaminado y lleno de peces mutantes que nadie puede comer. Cada mañana, él va a la antigua casa familiar, ahora ubicada en un sector blanco y gentrificado, y comprueba que los dueños de turno no la cuidan bien. Entonces, espera a que los ocupantes se marchen al trabajo, entra en la casa y se pone a pintar los marcos de las ventanas, a retocar las paredes, y otros detalles. A veces los propietarios lo descubren y amenazan con llamar a la policía, pero a él no le importa.

Veo la película en una sala independiente del este de Filadelfia, en medio de una audiencia mayoritariamente blanca. Me recuerda la experiencia de ir al cine en Maine, uno de los estados más blancos del país, y donde películas como *I am not your negro* o *Whose streets, my streets* (sobre Black lives matter) eran vistas y aplaudidas por un público casi totalmente blanco. Filadelfia no es una ciudad blanca, pero está segregada a la manera contemporánea. Nadie te prohíbe ir o ingresar a ningún local público, pues el principal mecanismo de control racial es el dinero. Los barrios populares son de población mayoritariamente negra, latina, inmigrante. Los barrios ricos son barrios principalmente blancos.

En los barrios populares no hay cines independientes donde los vecinos puedan ver películas sobre vidas parecidas a las suyas, y, aunque los alquileres aún son baratos, las casas sufren públicamente el deterioro por el paso del tiempo; las calles acumulan basura que la municipalidad se demora en recoger. En los barrios ricos sí hay cines independientes, como la sala en que me encuentro, donde una porción de *popcorn* más refresco cuesta veinte dólares. Las calles son limpias, tienen árboles que dan sombra, las casas suelen verse muy bien mantenidas y los precios de los alquileres son caros o simplemente impagables.

Cuando aún buscaba casa, algunas personas en la universidad me recomendaron no ir más allá de cierta calle porque esa calle marcaba el límite entre el sector seguro y el sector no tan seguro. Ese sector no tan seguro, entendería con el tiempo, es el sector negro, latino, inmigrante, adonde finalmente me mudé. Pero la frontera no es fija. Conforme los precios de las casas y alquileres en el sector blanco y más seguro aumentan, la ola de gentrificación avanza hacia el lado pobre de la ciudad, y trae consigo ese lento terremoto de casas que se venden, construcciones, reparaciones, y vecinos nuevos (como mi esposa y yo), jóvenes profesionales que un día llegan al barrio con una sonrisa amable e inocente, y esperan que el barrio les devuelva la misma sonrisa.



Créditos: Marco Avilés

—¿Muerde?, me pregunta un niño señalando con el dedo a Piji.

El niño debe de tener unos siete años y ha corrido desde la vereda de enfrente. Lo siguen sus amigos o hermanos y una mujer que debe de ser la mamá de alguno o de varios o de todos. Piji olfateaba una isla de pasto al lado de la pista, la cola apuntando al cielo, con esa actitud de suma concentración con la que busca el lugar perfecto para hacer caca. Pero ahora tiene que interrumpir su rutina para recibir un repentino aunque acostumbrado baño de popularidad. Los chicos le acarician la cabeza, Piji les salta regalándoles su aliento caliente. La mujer me pregunta:

—¿Lo afeitas?

Piji es un perro carismático pero la razón de su popularidad casi siempre es su rareza, es decir, su falta de pelo. No es la primera vez que me hacen esa pregunta en Filadelfia, donde las calles están salpicadas de variedades peludas que van desde los pesados labradores hasta los diminutos *pugs*, al lado de los cuales Piji es un extraterrestre sin pelo. Otra pregunta muy frecuente: ¿Qué le pasó?, como si su aspecto fuera el resultado de una penosa y extraña enfermedad. Pero la más recurrente es: What kind of dog is that? ¿Qué tipo de perro es? Y les explico. It's a Peruvian Hairless Dog.

—What?

—A Peruvian Hairless Dog. No hair.

Un perro peruano sin pelo. No tiene pelo. Aunque recientemente, en mérito a la brevedad y porque ya es obvio señalar lo del pelo, solo digo que se trata de un perro peruano. From Perú. Del Perú.

Mi respuesta es una invitación a la conversación. El otro día el conductor de un camión de basura detuvo su vehículo en medio de la calle para piropear a Piji y para preguntarme qué clase de perro era. (Piji, literalmente, detiene el tránsito). Le expliqué que es un animal típico de la costa peruana y que hay quienes piensan que tiene propiedades curativas y su raza es patrimonio nacional. El compañero del conductor escuchaba atento y lanzó una pregunta que parecía una conclusión: ¿Y cuánto te costó? Tampoco es la primera vez que quieren saberlo.

—No me costó nada. Lo adopté.

El hombre me miró con una sonrisa de desconfianza, como si entendiera que no quería decirle la verdad. Nos despedimos al cabo de un rato. En este mundo material, los perros no solo son compañía sino un bien suntuario que describe tu economía, como un reloj o un carro. Supongo que hay quienes piensan que he gastado una fortuna para obtener el perro más raro posible, lo que me vuelve una interrogante llamativa en este sector popular de clase trabajadora.

Vivimos en un barrio inmerso en un lento proceso de gentrificación, ese fenómeno que supone que las fuerzas del mercado toman edificios viejos, los renuevan, y reemplazan a los habitantes originales por gente joven y con más dinero. Hay muchas casas en proceso de refacción y algunos lotes vacíos donde germinarán futuros edificios. Los trabajadores de las construcciones cercanas me

detienen algunas veces para pedirme una foto con Piji. Lo rodean, dicen *whisky* y enseguida les envías las fotos a sus familiares o novias o amigos. “Se parece al perro de Coco”, me dijo una vez un obrero mexicano. Pero ese perro tiene cara de tonto, pensé un poco humillado.

Los niños del barrio, cuando me ven caminando solo, a veces me preguntan: “¿Y dónde está el calvito?”. Y cuando estoy con él, se arrodillan al lado y le soban la piel. Un amigo chileno que vive en Nueva York vino de visita y atestiguó un típico momento en la vida de Piji. Cruzábamos los tres una calle, y un adolescente que venía en sentido contrario se paró a dos metros de nosotros y le clavó a Piji una mirada llena de amor.

—Es un perro hermoso —me dijo con un tono que revelaba cierto dolor, como si acabase de conocer exactamente lo que le hacía falta en este mundo, su media naranja canina.

Según mi amigo Luis, Piji le había roto el corazón a ese muchacho. Se le notaba en los ojos, me dijo. Lo sé, lo sé, pensé. Llevo siete años registrando con sorpresa y cierta envidia los efectos que irradia mi compañero sin pelo. Un día ya no estará a mi lado y tendré el privilegio de ser el último al que le romperá el corazón.



Parte del clima político mundial se puede describir con un pequeño intercambio que hallé en Youtube, entre personas que comentaban el videoclip de “Where is the love”, de Black Eyed Peas. En la versión de 2016, las letras describen la violencia racial, la polarización, la marginalización, la segregación. Una persona preguntó en el foro: “¿Quién más vino por aquí después del tiroteo en El Paso?”. Se refería a la masacre en un supermercado Walmart de aquella ciudad en la frontera con México, donde un hombre blanco de unos veinte años acribilló selectivamente a trece personas de piel marrón e hirió a veinte más. Era su pequeña contribución para frenar lo que Trump califica como “la invasión”. Varios respondieron al comentario ampliando la pregunta: “¿Y después del tiroteo de Ohio?” “Y de la detención de inmigrantes en EEUU, los niños llorando por sus padres”. “Tres tiroteos en una semana, ¿dónde está el amor realmente?” “El amor nos dejó cuando Trump entró en escena”. Al final de la conversación, sin embargo, había una respuesta que desafiaba a las anteriores: “Ustedes siguen culpando al maldito presidente por todo. Lo que hacen otros no es culpa del presidente. Jesucristo, qué estúpidos son todos”.

Lo más llamativo no era el contenido de ese mensaje sino el autor, si es que se puede llamar así a un *bot*, un ser típico de la internet que no existe en la realidad. Un *bot* no es una persona pero puede producir una opinión, como una carnada, y así lograr que los usuarios reales (personas de carne y hueso) pasen minutos y acaso horas o días discutiendo con nadie, atrapados en ese sinsentido.



Un hombre que viajaba en una camioneta sacó un rifle a través de la ventana y acribilló a los conductores detenidos detrás de una señal de Pare, en Texas. Siete personas murieron y otras veintidós quedaron heridas antes de que la policía pudiera intervenir. Las masacres ocurren en los lugares más ordinarios: una calle, una escuela, una iglesia. Leo sobre este nuevo episodio mientras viajo en un vagón del metro rumbo al mercado, lugares ordinarios potencialmente noticiosos.

Las autoridades todavía no conocen las razones específicas de aquel atentado en Texas, aunque las causas generales parecen muy obvias: este país no da para más. Intento retomar la lectura, pero mi imaginación levanta vuelo y, de pronto, en los siguientes segundos, un hombre entra en el vagón, saca una metralleta de la mochila y comienza a dispararnos a todos mientras se ríe como el Joker. ¿Qué debo hacer? ¿Intentar contenerlo o intentar protegerme? ¿La supervivencia individual o el heroísmo por el colectivo? Todo parece igual de inútil; y, en esa ráfaga de irrealidad, me pongo de pie y grito: “Si me vas a matar, apunta bien a la cabeza”. El hombre y su metralleta desaparecen.

De vuelta a mi vida ordinaria, el metro se detiene, las puertas se abren, no ingresa nadie, nadie nos mata. Vuelvo a posar mi vista en el diario pero las letras parecen hormigas y ya no entiendo nada. Todo parece tan azaroso ahora. En cualquier momento, en cualquier lugar, algo así podría ocurrir.



Asisto a múltiples sesiones de orientación previas al inicio de clases en la universidad. Profesores, administrativos y estudiantes de años más avanzados comparten información y una suave corriente de estrés. Un estudiante de Literatura Italiana nos comparte lo que él considera el consejo más valioso que recibió al comenzar su carrera. Un profesor le dijo: “Si las cosas te parecen muy tranquilas en el doctorado es porque algo estás haciendo mal”. Es interesante que, en este consejo, la tranquilidad sea negativa. Otro estudiante nos recomienda: “Planifícalo todo. Incluso, planifica dormir”. La frase produce risas. ¿Cuánto del estrés que describen es real y cuánto de lo que dicen solo es una forma de *performance*, la actuación del cliché, la repetición del estereotipo?



En la primera clase del doctorado, el profesor menciona dos veces: “El mundo se está acabando”. No lo dice para polemizar sino como un dato de contexto. En esta

maravillosa época, la certeza de que el planeta se muere se vuelve lentamente el sentido común, el aroma del presente. ¿Qué sentido tiene empezar un doctorado de cinco años cuando nada parece tener demasiado sentido y, menos aún, los planes o visiones o sueños o proyectos a largo plazo?



Un aviso al lado del ascensor de la biblioteca informa que las autoridades de la universidad rechazan toda forma de discriminación. Es una tímida reacción ante los insultos racistas que algunos estudiantes negros de primer año de facultad recibieron en GroupMe, una plataforma popular de chats colectivos. Leo en internet que la policía descubrió que los autores son tres hombres de Oklahoma, en el centro del país, y uno de ellos estudia en la universidad local. En noviembre de 2016, pasó algo similar. Estudiantes negros de Penn fueron acosados en chats grupales donde se hablaba abiertamente de linchamientos. Es lunes. Cierro las noticias. Abro mis lecturas académicas para empezar con buen ánimo la semana. Un rato después regreso a las noticias.



La universidad informó esta mañana mediante un mensaje por correo que el director del Centro de Consejería y Servicios Psicológicos falleció el día anterior. El texto no ofrecía más detalles. Quizá se trataba de una muerte más o menos corriente, una enfermedad, un infarto. Cerré el mensaje y lo olvidé por unas horas.

Por la tarde, el *Philadelphia Inquirer*, el diario de la ciudad, tenía más detalles. El director del Centro de Consejería y Servicios Psicológicos, de 52 años, subió al piso diecisiete de un edificio en el centro de la ciudad, y desde allí se arrojó contra el pavimento. Tenía seis meses en el cargo, pero había desempeñado una función parecida durante quince años en la Universidad de Cornell. Además, era un experto en resiliencia.

El diario también indicaba que la universidad no había ofrecido ninguna información adicional al respecto. Quien sí habló fue la madre. Según ella, su hijo estaba muy triste. “El trabajo era más fuerte de lo que él esperaba y lo mantenía separado de su esposa y tres hijos, que aún estaban en Ithaca, Nueva York”. Nadie en la universidad toca el tema de manera oficial (el director del Centro de Consejería y Servicios Psicológicos no murió, se quitó la vida), y solo los estudiantes en los pasillos intercambiamos noticias en medio de la más absoluta deriva emocional.





Créditos: Marco Avilés

Conducía rumbo a la ferretería mientras escuchaba en la radio “Material girl”, de Madonna. La canción me sumió en un viaje mental hacia los años ochenta, cuando los Estados Unidos, como buen imperio moderno, eran ese paraíso lejano que enviaba satélites al espacio e irradiaba sobre Latinoamérica toneladas de música, películas y deseos lejanos. Ser astronauta era un sueño común para los niños de mi generación, en un Perú ahogado en la guerra civil, la corrupción y los desastres naturales. La televisión nos invitaba a soñar con Disney, con las torres gemelas de Nueva York, y con cualquier cosa que viniera de este país que nos parecía de otro mundo, ultramoderno, rico, lleno de gente hermosa, es decir, blanca, la cúspide de la creación.

Estaba inmerso en esa burbuja de nostalgia cuando el semáforo cambió a rojo y me detuve detrás de una camioneta que llevaba una escalera plegable en el techo. Un *sticker* con la bandera confederada brillaba en el parabrisas. Alguna vez aquel símbolo identificó a los estados del sur, que fueron a la guerra para mantener el régimen esclavista. Pero, con el tiempo, esa bandera ya no solo recuerda con nostalgia el viejo orden en que las personas negras eran productos de compra y venta, sino que expresa una actitud igual de racista ante problemas contemporáneos como la inmigración. Los latinoamericanos en este país leemos ese *sticker* como un *get the fuck out of my country*. Lárgate de mi país.

Tomé una fotografía y, cuando el semáforo cambió a verde, seguí a la camioneta. Tenía curiosidad por ver el rostro del conductor. ¿Cómo era esa

persona para quien alguien como yo representa la invasión de su país, una amenaza a su identidad, la razón de sus desgracias? La camioneta se estacionó en las afueras de la ferretería, y de ella descendió el estereotipo del gringo de clase popular que difunden las películas: blanco, barba rojiza, barriga abultada, tatuajes de calaveras, mondadientes en la boca. Lo rodeaba un aura de enfado, como un toro a punto de embestir. Pero la mía era quizá una interpretación influenciada por los estímulos de la televisión, la violencia política, los discursos de Trump, la polarización, las masacres recientes contra los latinos en este país. Nos miramos brevemente desde las orillas distantes de nuestras identidades. Éramos dos personas con las cabezas cargadas de ideas, en un inmenso tablero de ajedrez político donde gente con mayor poder trabaja para avivar esta oposición. ¿Qué clase de monstruo era yo para él?



A la salida de la estación de metro, sobre la escalera que mira a la calle, había un hombre desmayado. El trasero sobre el piso, la cabeza caída casi tocando el suelo. Su mano derecha había quedado abierta sobre el escalón y de ella se proyectaba una pequeña jeringa vacía. Era un sábado a las tres de la tarde, y la gente salía de la estación sin prisa y rodeaba a aquella persona como si se tratara de un pequeño accidente urbano, como un tacho de basura mal ubicado o una mochila abandonada. Pasé al lado e intenté verle el rostro. Era un hombre blanco, delgado, de no más de treinta años. Inyectarse y abandonarse en la escalera pública parecía una expresión total de desesperación pero quizá también era una estrategia de seguridad. A vista de todos, nadie podía hacerle más daño.



En el consultorio dental, la enfermera que se alista para limpiarme los dientes me pregunta de dónde vengo. Le digo que vengo de Maine, que viví allí los últimos cinco años. La respuesta le resulta poco convincente.

—But where do you *come* from?

¿Pero de dónde *vienes*? El énfasis está puesto en esa palabra.

—Ah, soy del Perú —le explico—. ¿Y usted?

—I'm from *here* —responde alistando sus herramientas en una bandeja—. I've always lived in Philly, in the suburbs.

Entiendo. Es de *aquí*, siempre ha vivido en Filadelfia, en los suburbios.

En la esquina del consultorio, hay una especie de altar personal. Una fotografía de George Clooney alumbrada por una diminuta lámpara a pilas con forma de vela. También un retrato familiar. La higienista, su esposo, la hija. Observo a la mujer de la fotografía y a la que me atiende en el consultorio. ¿De dónde es?

¿De dónde son sus padres y abuelos? ¿De Italia, de Grecia, de algún país balcánico? Me encantaría preguntárselo: “But, lady, where are you *really* from?” ¿De dónde eres en *realidad*? Pero temo que podría resultar descortés. Abro la boca muy grande, a pedido suyo, y me quedo callado.



Voy a casa en bicicleta, intentando que el ejercicio físico disipe la ansiedad que me ha producido la última clase en la universidad. ¿Qué hago aquí? ¿Por qué empezar un doctorado a los cuarenta años? ¿Se me habrá terminado de caer el pelo cuando concluya la tesis? La ruta y la velocidad cambian esas preguntas por problemas más urgentes. La avenida Chestnut está cerrada a causa de una reparación. Hay camiones, cargadores frontales, aplanadoras y una gran coreografía alrededor de un hoyo inmenso en el centro de la pista. Avanzo por la calzada hasta donde puedo y, con una confianza inexplicable, decido sobre la marcha que seguiré mi ruta por la vereda.

Calculo la altura del sardinel (unos diez centímetros) y, cual ciclista profesional, levanto con fuerza el timón esperando que la bici obedezca y salte hacia la acera con la elegancia de un caballo. El resultado es distinto. El paisaje alegre de la tarde se oscurece y, en ese parpadeo eterno, siento un golpe seco en el estómago, se me corta la respiración y me descubro en el aire, donde todo ahora está al revés, y la bicicleta, en vez de estar bajo mi control, cae encima de mí. Ahora estoy en el suelo. La bicicleta a un lado. Y la calle es el escenario de un dolor terrible en el amor propio. No me he roto nada, salvo el pantalón a la altura de la rodilla, pero mi orgullo está hecho trizas. Me recojo del suelo sin levantar la mirada, y tengo la seguridad de que en unos segundos estaré rodeado de personas que me preguntarán si estoy bien, si necesito agua, si quiero que llamen a una ambulancia. Verifico con rapidez el estado de las llantas y ahora sí yergo la cabeza de vuelta a la vida. Docenas de obreros se mueven entre las máquinas concentrados en sus propias tareas, la gente en los cafés cercanos sigue inmersa en sus conversaciones, los peatones caminan apurados para escapar de las nubes de polvo que la refacción levanta. Nadie viene en mi ayuda. Empujo mi bicicleta hacia la vereda, intrigado por esa extraña manifestación de indiferencia, como si todo lo que acabo de vivir hubiera ocurrido solo en mi cabeza.

Marco Avilés (habilex@sas.upenn.edu) es periodista. Ha publicado los libros *Día de visita* (Aguilar, Libros del KO), *No soy tu cholo* (Debate) y *De dónde venimos los cholos* (Seix Barral). Ha dictado cursos sobre diversidad, identidad y periodismo en el Knight Center de Periodismo - Universidad de Texas, en Austin, y en la City University of New York. Estudia un doctorado en Literatura en la Universidad de Pensilvania. Para conocer más de su trabajo, visitar el siguiente sitio web: marcoaviles.com